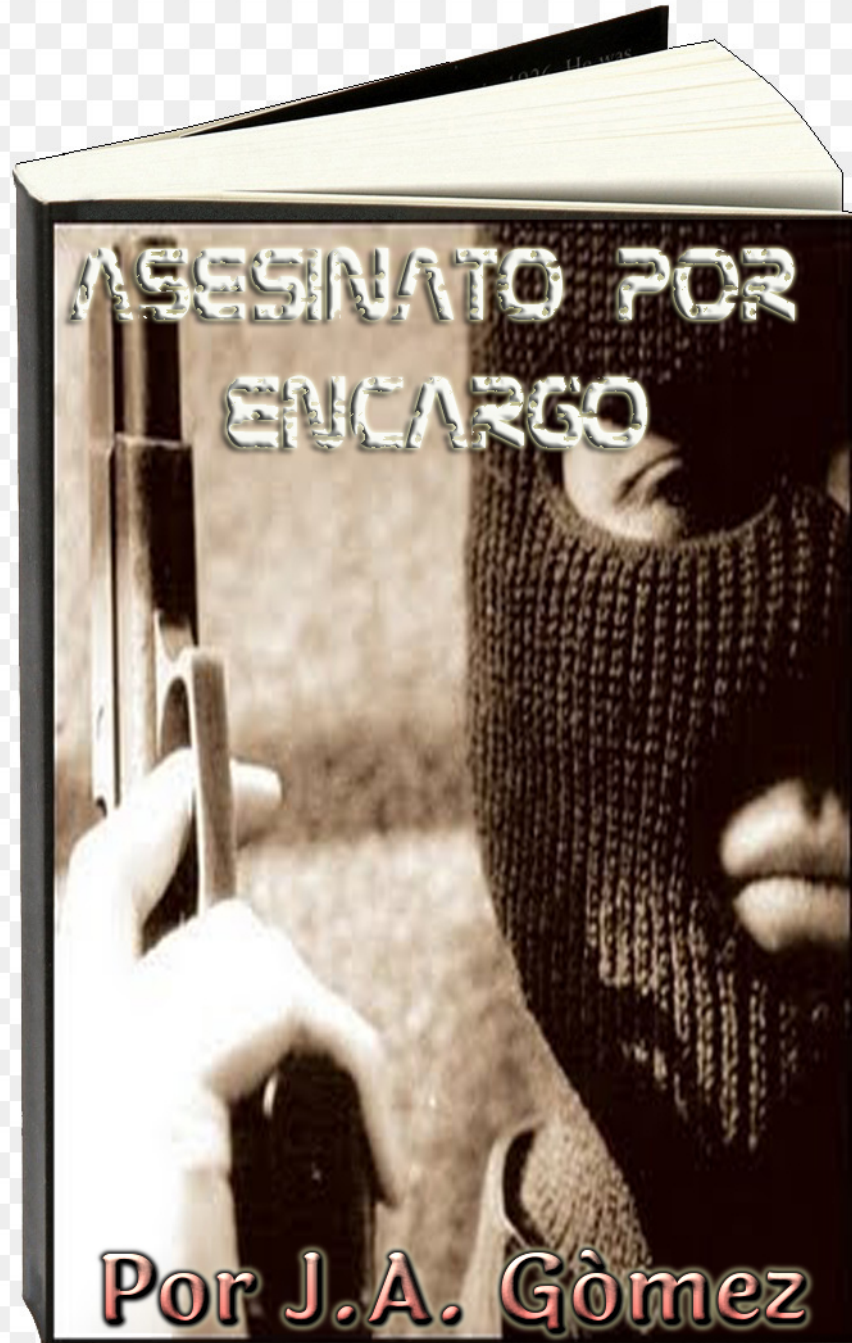


Asesinato por encargo

J. A. Gómez



Capítulo 1

Arán Fontaine entró en su despacho con rostro serio y cansado. Sentíase especialmente inquieto, alterado por algo que estaba cerrado y marcaría el resto de su vida. El despacho está en una de las estancias más amplias de la planta baja, adaptada a tal menester. Tras la doble puerta de nogal, barnizado recientemente, se distribuye estratégicamente el mobiliario típico de oficina. La iluminación natural es óptima, gracias a un gran ventanal al fondo, engalanado por una fina y delicada cortina extensible.

El domicilio conyugal es una casona de inconfundible estilo victoriano. Dado el clima frío de la región su orientación oeste acompaña de la mano a otras muchas viviendas desperdigadas a lo largo y ancho de esta lluviosa ciudad.

Antigua pero con solera, destaca no sólo por su innegable atractivo sino también por ser la única anclada en lo alto de la colina "los tres muertos". No hay molestos vecinos con sus aún más molestos problemas y sí frondosos árboles de múltiples especies que conforman el principal pulmón de la ciudad.

Para acceder a la casona hay un ancho camino empedrado, finalizado a ambos lados por un pequeño murete a dos alturas de piedra. Más allá algunos parterres y un elaborado jardín. El sendero en cuestión baja hasta la carretera, custodiado por farolas de hierro forjado. De ahí al centro no hay más de veinte minutos en coche.

A Arán Fontaine le gusta trabajar desde casa, al menos de vez en cuando. Como director de una importante empresa de programación y seguridad informática puede permitirse ciertas licencias. Por descontado sin tener que dar explicaciones ni justificarse ante terceros.

Se arrellanó en el sillón de cuero negro y esperó, con la mirada perdida en el portátil. Cogió la botella dispuesta sobre una bandeja de plata y después agarró el vaso de cristal ahumado. Vertió un dedo de excelente whisky escocés al que añadió tres cubitos de hielo. Echó un trago, primero mojó ligeramente los labios y seguidamente agregó más alcohol al paladar.

Algo le trabajaba por dentro. Roía su conciencia y beber ayudaba a no pensar demasiado en ello. La noche había comenzado a extenderse, como una sábana, por la ciudad. Desde lo alto de la colina se ve la prolífica disposición de luces, algunas fijas y otras intermitentes. Éstas contrastan con la intensa penumbra del bosque autóctono.

Era la hora acordada. Levantó la tapa del portátil sintiendo, mientras lo hacía, una punzada en el estómago. Un aviso en el centro de la pantalla,

en modo espera, mostraba dos opciones: "S" o "N". Arán Fontaine pulsó "S" y acto seguido se desplegó otra ventana en primer plano, minimizándose la anterior. A pie de pantalla y sobre fondo negro corrían valores hexadecimales a la velocidad del rayo.

Era una sesión privada de chat, en modo seguro. Arán sabía como moverse en el ciberespacio sin ser detectado. No había posibilidad de ser rastreado, ni la conversación ni mucho menos la dirección "ip". El cursor estaba intermitente, en espera. Arán Fontaine tecleó nervioso:

-Beta... ¿está ahí? -El suave chasquido de las teclas rompieron la discreción del momento.

Del otro lado entró un mensaje a los pocos segundos.

-Aquí estoy, tal como habíamos quedado señor Alfa.

Arán apuró otro trago antes de seguir martilleando las teclas con sus gruesos dedos.

-¿LE HA QUEDADO CLARO? -escribió en mayúsculas para agregar más énfasis.

-Claro y meridiano señor Alfa. No se preocupe, sé hacer mi trabajo y le aseguro que lo hago muy bien. Pero si se queda más tranquilo volveré a repetirlo por cuarta vez. A fin de cuentas usted paga por lo tanto usted exige. -Dos pitidos cortos y uno largo, acompañados de un seseo, reclamaron la atención de Arán Fontaine. Éste pulsó dos teclas de función, solventando el problema.

-Mañana a la 01:00 de la madrugada me detendré cerca del camino empedrado que conduce a su casa. He estudiado en profundidad las fotografías que me ha enviado. Siguiendo sus indicaciones las he eliminado. La zona es tranquila y relativamente aislada. Tanto los sensores de movimiento como las demás alarmas incluidas las cámaras del interior y exterior estarán fuera de servicio al menos veinticuatro horas. Cuando la policía le pregunte dirá que necesitaba ese tiempo para implantar su nuevo sistema de seguridad 3.0.

Todas las ventanas de la planta baja y de la primera planta tienen rejas. El bosque gira en herradura hacia su propiedad y por lo tanto sólo hay una vía de entrada y salida. Previamente habrá dejado la puerta principal con el seguro manual sin echar. Todos darán por hecho que su esposa se olvidó de cerrar. A la 01:30 me colaré en la casa. Su mujer tiene por costumbre bajar a la cocina a por un vaso de agua. Diez minutos después, más o menos, regresará a la habitación.

Además tiene la manía de no encender la luz sino que deja abierta la puerta de la nevera. Bien, dispongo de diez minutos para acabar con ella; más que suficiente.

Usted tiene reserva para las 09:30 en el restaurante de comida española "Hueso de toro". Ha quedado con un importante cliente. Él y los camareros serán su coartada. La velada se alargará, usted se encargará de ello. Llegará a su domicilio sobre las 02:30 de la madrugada. Meterá el coche en el garaje y accederá a la vivienda por la puerta interior. Una vez allí encontrará, horrorizado, a su esposa muerta en la cocina. Yo habré dejado todo revuelto, tanto en la planta baja como en las de arriba. Todo apuntará al robo con violencia. Dará aviso a emergencias, estará muy afectado. Su dolor será creíble.

-¡Excelente! -Tecleo Arán con sus gruesos dedos. Echó otro trago y después prosiguió tecleando:

-Cómo habíamos quedado tiene en su poder el primer pago. -Otro seseo y un pitido largo le hizo

volver a pulsar dos teclas de función, esta vez simultáneamente. Resuelto continuó: -No se preocupe

no podrán rastrear ese dinero. El resto lo tendrá a la finalización del trabajo. No volveremos a

contactar.

Arán escribió unas líneas de código, después compiló y por último ejecutó el programa. Las

ventanas activas en primer y segundo plano desaparecieron. De aquella conversación no quedó

rastro alguno. Los pitidos y seseos también se esfumaron. Bajó la tapa del portátil y brindó consigo

mismo.

Por la mañana acudió a su puesto de trabajo. Antes había informado a su esposa de que estaría todo el día fuera. Además por la noche tenía cena con un importante cliente. A ella no le interesaban lo más mínimo los quehaceres laborales de su marido. Si él tenía ese compromiso tan importante ella tenía otro igual de importante o más... pasar la mañana comprando trapitos.

El reloj de la farmacia marcaba la 01:00 de la madrugada. Tras el cristal

de un vehículo de gama alta,

aparcado en el arcén, a escasos cincuenta metros del camino empedrado asomaba entre las sombras la figura de un hombre. No podía ser nadie más; el sicario, puntual y profesional.

Fumaba un cigarrillo largo, degustando la tranquilidad de la noche. De hecho le gustaba trabajar al caer el día. Todo semejaba más fácil y el pecado de matar por dinero parecía, incluso, menos pecado a ojos del altísimo.

Al fondo la ciudad calmaba su apetito por una horas. Iluminada como si fuese navidad podía verse su contraste de luces desde muchos kilómetros a la redonda. Beta tragaba el humo y lo soltaba despacio, poniendo en orden sus ideas mientras oteaba el exterior. Observó la línea de farolas de hierro forjado que engalanan el camino empedrado hasta perderse a la vista; el murete a dos alturas y los parterres con variopintas plantas.

Apagó el cigarro, lo echó en la colillera y expulsó por la ventanilla el humo acumulado en sus pulmones. Abrió la puerta del utilitario y respiró profundamente el aire fresco de la madrugada. Activó el cierre centralizado y miró a un y otro lado de la calle, ni un alma. Comenzó a subir por aquel camino como una especie de ángel exterminador. Vivía bien gracias a sus dotes, no era un trabajo fácil. Sin embargo su elevado ritmo de vida no entendía de escrúpulos ni otras consideraciones.

El cielo estaba especialmente decorado, titilantes estrellas parecían indicarle los pasos a dar, empujándolo, forzándolo a encontrarse con su destino.

Había llegado, ante él se alzaba la ostentosa vivienda cuan gigante inamovible, impasible ante el paso de las generaciones. Verdaderamente espectacular, de hecho las fotografías no le hacían justicia. Tal como había informado Alfa allí estaban las cámaras de seguridad, dispuestas de tal forma que cubrían en abanico todo el frontal, incluido el camino empedrado. Lo que no le hizo tanta gracia fue ver algunas luces encendidas en la planta baja.

El bosque estaba relativamente encima de la propiedad, con esa inconfundible forma de herradura. Descontrolado y extendido había creado una barrera natural infranqueable que se extendía por hectáreas.

Beta vestía ropa ceñida de color negro. Pasamontañas, guantes, su beretta 9mm parabellum con silenciador y sangre fría, mucha sangre fría.

La luna, en su lenguaje de pocas palabras porfiaba: la 01:30 de la madrugada. Y así debía ser, ésta rara vez se equivoca. Miró el reloj y arqueó una ceja, gesto imperceptible bajo el pasamontañas. El

videoportero deshabilitado, así debía ser. Echando mano al picaporte lo deslizó hacia abajo. Abrió lentamente, dejando la puerta entornada. Dentro había luz. Entró y cerró a su espalda. Sus pies impíos estaban dentro y la noche comenzaba a teñirse de sangre. Tanto el recibidor como el lujoso salón mostraban sus lámparas de techo prendidas.

El asesino quedó sorprendido ante la majestuosidad de la casona. Las fotografías tampoco hacían justicia al interior. Techos altos; impoluto piso de nogal, ventanas tipo guillotina, una enorme chimenea de hierro fundido, zócalos altos etc... Un verdadero despliegue clásico pero sin renunciar a comodidades modernas.

Avanzó con tiento, oteando en todas direcciones. Habría preferido apagar las luces pero entonces podría darse a descubrir. Sea como fuere aquel contratiempo no iba a echar por tierra su misión. Caminaba con tiento, con gracia y habilidad típicas del gato que se mueve entre jarrones, sin tirar ni uno.

La alfombra persa se alarga hasta la espectacular escalera de roble con barandas de cedro. A ambos lados sobre pedestales de mármol dos figuras humanas desnudas, talladas en piedra. Presiden el primer paso de escalera y diez escalones arriba la susodicha se abre a izquierda y derecha. Un gran reloj de pared rasga el tiempo acompasado, sin prisas, arrullando las almas trasnochadas. En la otra pared Beta miró de refilón un cuadro que parecía antiguo: jinetes y perros tras un zorro.

Se desvió por el corredor dispuesto a su izquierda. Al fondo está la cocina y también con la luz encendida así que tocaba proceder con cuidado.

Sacó la beretta, quitó el seguro y accionó la corredera, pasando una bala a la recámara. Alfa no se había equivocado, tal y como había asegurado allí estaba su esposa, sentada en una silla con los codos en la mesa, frotando las sienes y lo que parecía una botella de vodka derramada sobre la mesa. Aquella mujer se la veía verdaderamente alterada, fuera de sí. Pero eso bien poco le importaba al sicario. Dio un paso más, procurando quedar oculto a la vista de ella. Luego otro más corto, perfilándose contra el marco de la puerta, ladeado. La escuchaba llorar desconsoladamente. De repente dio un manotazo a la botella y tras rodar sobre la mesa se precipitó al suelo.

Beta apuntó, avanzando una pierna. Pero esa decisión hizo crujir una tabla. La mujer lo escuchó y se giró, ambos se vieron y en ese impás el tiempo conocido adquirió otro ritmo.

La fémina lo observaba en silencio, con sus ojos llenos de lágrimas y los cabellos alborotados. Aquella mirada lo decía todo y Beta conocía ese tipo de miradas: como si nada de lo que pudiera pasarle importase pues

alguna culpa insoportable ahogaba su conciencia.

Bajo el pasamontañas seguía mirándola, desconcertado por primera vez en mucho tiempo. Aquellos segundos se transformaron en siglos. La puerta de la nevera se abrió como por arte de magia y un cartón de leche cayó al suelo. A la par funestas trompetas cesaron, las estrellas volvieron a tintinear y las cuatro paredes de aquella casona victoriana se encogieron y expandieron cuan altavoces vomitando decibelios insoportables. Tras dos pestañeos creencias y descreencias se aceleraron en la milésima parte de un segundo; vivir o morir pendía del azar o de la disposición de los astros.

Beta tiró suavemente del gatillo, semejaba una caricatura con hilos, movido por el destino. La noche también tiró suavemente de las estrellas, contándolas todas y ninguna faltaba.

No obstante para su incredulidad aquella mujer guardaba una sorpresa, una muy desagradable sorpresa. El terror que la envolvía hasta ese momento parecía haber sido reemplazado por otra cosa. Sus pupilas se dilataron y también la luna quiso dilatarse. En la otra silla había un revólver aún caliente. Beta no lo había visto ni había sido informado de que tuviesen armas en la casa.

Volvieron a mirarse mientras el gatillo de la beretta se dejaba llevar entre claroscuros, con seria tendencia al rojo sangre. En aquel momento los dos eran como los perros de aquel viejo cuadro.

La beretta abrió fuego, sigilosamente y el revólver también, sostenido entre las temblorosas manos de aquella mujer atormentada.

Un disparo resonó cuan tormenta de verano. El otro apenas fue un siseo. Danzaron, ambos proyectiles danzaron, entre hogueras de iniciación y ritos de enterramiento. Se cruzaron sin decirse nada y jamás volverían a cruzar camino.

Ambos cayeron fulminados por el mismo relámpago, ataviado de plomo cenizo. Ella sobre la mesa, salpicándola de sangre. Después se deslizó de costado y finalmente dio con sus huesos en el suelo. En aquel yermo páramo no hay lugar para ver crecer nada. Beta entornó los ojos y abrió la boca, le faltaba aire. Intentó quitar el pasamontañas para buscar oxígeno; sin embargo, en ese mismo páramo tampoco hay lugar para segundas oportunidades. Cayó desplomado, agonizando incrédulo. Poco después las luces se apagaron...

02:30 de la madrugada. Arán Fontaine ha metido el coche en el garaje y accedido a la vivienda por la puerta interior, tal cual estaba planeado. Sabe lo que se va a encontrar, ello no lo hace especialmente dichoso mas

lo hecho hecho está.

Esa incerteza aceleró su pulso cuan fórmula uno en la casilla de salida, esperando por el semáforo en verde. Respiró hondo antes de encender algunas luces e ir directo a la cocina. Una vez allí también prendió la luz e instantáneamente su corazón quiso irse por la boca, desbocado cuan caballo salvaje. Las piernas le flaquearon al ver aquella dantesca escena desplegada ante él como una pesadilla presta y dispuesta por el karma.

Beta estaba muerto sobre un charco de sangre. Un orificio de bala en el pecho habíale sesgado la vida. No habría mejor momento que ese para dudar de su profesionalidad. Su mujer también estaba muerta, con un disparo atravesándole la garganta. En el suelo además de sangre había una botella de vodka y un cartón de leche desparramado.

Empero la cosa aún estaba por empeorar. Tuvo un palpito, un mal presentimiento que le propinó una patada en el estómago. Tras apartar el pelo de la cara, sin demasiados miramientos, se percató que aquella mujer ino era la suya!. Salió disparado escaleras arriba hasta alcanzar la habitación conyugal. Volvió el tembleque de piernas como si fuesen dos palillos al viento. Allí estaba su esposa, muerta sobre la cama con tres impactos de bala. La noche sepulcral se rió de aquel desgraciado y sus carcajadas resonaron por cielo y tierra sin medida.

Todo se desmoronaba por momentos y Alfa quedaba justo en medio del fiasco. Las sábanas eran compendio de sangre y carne fría, pálida ante el beso de la muerte. Volvió a bajar a la cocina, trastabillándose de tal forma que rodó escaleras abajo.

Dolorido flanqueó el cadáver del sicario, tirado como una colilla. Observó más de cerca aquel cuerpo femenino. Lo hizo girar de tal forma que quedó mirando hacia arriba.

-¡Maldita sea! -gritó -¡Maldita sea! -volvió a gritar, mascullando un juramento.

Aquel cuerpo sin vida pertenecía a Sabrina, su secretaria y amante a tiempo completo. Arán comenzó a marearse. Detestaba no tenerlo todo bajo control y desde luego era obvio que los acontecimientos habíanse desparramado por doquier. Intentó tranquilizarse, tenía casi toda la noche para pensar. ¿Qué pudo haber sucedido?. Solamente encontró una explicación:

Su secretaria estaba cansada de ser "la otra". De hecho se lo había dicho muchas veces. Él no sentía ningún apego por su esposa pero no estaba dispuesto a ceder parte de su fortuna por culpa de un mal divorcio. Alfa no contó con la desesperación de Sabrina, casi veinte años más joven. Para ella era imperativo verse casada con él, a cualquier precio. Sin duda

parte de amor pero también pizca de interés. Una cosa era cierta: Alfa jamás pensó que su secretaria fuese capaz de hacer algo así y para más inri... mal hecho.

No obstante la conocía muy bien. Tenía un pronto muy suyo, incluso explosivo pero no era una asesina. Con total seguridad al darse cuenta de su acción estalló en mil pedazos. Arán podía reconstruir el asesinato en su cabeza. La imaginó asustada, angustiada al ver la sangre y la vida de otra persona yéndose cuan hojas corriente abajo.

Estaría probablemente en shock, aterrada. Probablemente bajó a la cocina a llorar, gritar y maldecir ese indomable temperamento. Tomaría alcohol, mucho o poco, eso dependería de la necesidad que tuviese por olvidar.

La fatalidad quiso que la muerte llamase por más muerte. La llegada del sicario precipitó el resto, dando vuelco absoluto e inesperado a aquella aciaga noche. Éste la habría confundido con su objetivo y ahora estaban muertos los tres.

Arán tenía un problema gordo y de difícil tránsito intestinal. Cualquier cosa que pudiese haber salido mal había salido mucho peor. Su mujer estaba muerta pero no como debería haberse hecho.

Perdido en la inmensidad de aquel universo llamado hogar paredes y tabiques parecían estrangularlo, rodeándole el cuello con impávidas manos.

¿Cómo salir de tamaño enredo?. Pulsar la tecla ESC no serviría de nada ni tampoco escribir cortas o interminables líneas de código para ocultar sus pasos.

Beta ni siquiera había tenido tiempo a poner la casa patas arriba, revolviendo cada habitáculo, cada recoveco, cada cajón y cada estante. ¿Cómo explicar lo de Sabrina? ¿Qué motivos podría tener para asesinar a su esposa? Y aún más inquietante... ¿Quién era aquel hombre tirado en el suelo, con un tiro en el pecho?. Desde luego no tenía pinta de ser un vulgar asaltante nocturno. ¿Allanamiento de morada equipado con una beretta 9mm. con silenciador?. No se sostiene. Sopló con pesar, demasiadas preguntas y no quería responder ni a la primera.

Posiblemente Beta estuviese fichado en este u otro país. Ese detalle no sería importante de haber entrado y salido por su propio pie. Menudo incompetente, tan culpable él como Alfa al contratarlo sin investigar más a fondo.

Probablemente la Interpol sea requerida. Pensarlo le dio escalofríos. Habrá interrogatorios interminables, bases de datos echando chispas y en última instancia su casona victoriana convertida en un circo mediático.

Previamente habrán dado buena cuenta del coche aparcado en la carretera, a escasos cincuenta metros del camino empedrado. Si las cosas se tuercen puede que lleguen hasta Alfa y ese pensamiento le levantó más dolor de cabeza.

Tal vez fuese mejor deshacerse de los cuerpos, limpiarlo todo y aprender a vivir con aquella noche sobre su conciencia. Nadie había visto nada, nadie había escuchado nada...

En lo alto de la colina "los tres muertos" el aislamiento parcial es evidente y el extenso bosque el mejor sitio para deshacerse de los tres cadáveres. Además tendría casi toda la noche para tal fin.

La cabeza de Arán Fontaine era un hervidero de ceros y unos apiñados, desordenados. Compendio de preguntas sobre otras preguntas cuyas respuestas pasaban siempre por prisión.

Mientras procuraba centrarse escuchó sirenas revoloteando en la noche. Su cara pasó a ser cuan poema de escarnio. Apartó la cortina y a través del cristal comprobó atónito que dos coches patrulla subían por el camino empedrado.

¿Quién había dado aviso a la policía?... Aran fue al despacho y se sentó, arrellanándose. Abrió la botella y se sirvió un whisky doble.